

## CUENTO

## EL ORFEON DE LA RANA

En cierta ocasión, dijo la señora Rana a sus hijos:

-Hijos míos, he pensado formar un Orfeón.

Y la idea, agradaría tantísimo a los pequeños batracios, que comenzaron a croar estrepitosamente en señal de júbilo. Júbilo que compartió la bondadosa señora Rana. Claro que, cuando alguien habló de aprovechar las ganancias que algo semejante reportara, para comprar cositas, la idea fue casi inmediatamente desaprobada por la señora Rana, quien alegaría, que nunca cobrarían nada, absolutamente nada, por dejar oír sus canciones.

-¿Ateorar cosas, para qué? ¿Qué valor podrá tener cualquier cosa, un día? Es más hermoso, hijos míos, indeciblemente más hermoso darse. Y más productivo, a la larga, que no ir comerciando con aquello que nos fuera entregado de por nada. Vivir a costa de una cualidad cualqueira, hijos, puede ser hermoso cuando todo se ofrece en su justa medida, pero atesar, no hacer un uso debido de la gracia que uno posee? No, hijos míos, no...

-Pero mamá, acuérdate del circo de pulgas amaestradas que llegó hasta la charca un día, hubimos de pagar por presenciar su espectáculo.

-Lo recuerdo perfectamente, hijos. Pero eso será problema de ellos un día. No todos deberemos reaccionar de igual modo un día, porque hay quien ha vivido sin escrúpulos y quien no, hijos míos. A un sendero recto no se le permiten ondulaciones, ni tan sólo una, dejaría de ser recto en el acto.

Y dióse por hecho que no se cobraría nada a cambio de poder escuchar al orfeón, y nada cobróse.

El primer concierto tuvo lugar una cálida noche de estío en que toda la vegetación, junto al lago donde vivía la señora Rana y familia, habíase teñido de plata. Apenas comenzando el concierto pobláronse aquellos contornos de curiosos, maravillados de poder oír un conjunto tan bellamente armonizado, y tanto agradaría la cantata a los animalillos que esperaban, que, no bien terminado el recital, un pajarillo buscó a la bondadosa señora Rana.

-Hola, señora Rana. He venido a cantar con usted.

-Pero nosotros cantamos sin esperar recompensa alguna.

Al pajarillo, no le importaba lo más mínimo hacerlo así, y lo confesaría halagado. Es más, tenía verdadero interés en realizar algo semejante. Sentía no haber podido, hasta aquel momento precisamente, desplegar toda la gama de su rica garganta en favor de otros. Entendía que necesitaba hacerlo para ser feliz.

Otro día fue un grillo el que solicitó cantar con la bondadosa señora Rana. Y también quedó con ellos el grillo.

Y más tarde un moscardón.

-Pero, tú no cantas -diría mamá Rana-. No se que podré hacer contigo.

-Puedo batir mis alas. Producen un sonido encantador...

Más tarde se sumó al Orfeón un canario, otro día un cuco, una cigarra más tarde, luego tres periquitos...hasta que terminó por convertirse en el más rico y armonioso orfeón que jamás existió sobre la tierra y las aguas de una charca.

Y Dios estaba contento de aquel grupo, porque las gentes que tenían oportunidad de escucharles alaban a Dios por crear cosas tan sumamente hermosas y grandes como aquel orfeón. Dios estaba contento de aquel grupo, porque Dios ve siempre con buenos ojos el que sus hijos sean desprendidos, desinteresados, buenos. Dios estaba contento con aquel grupo, porque los hombres, mientras oían cantar, se olvidaban de sus pasiones y no eran malos. Dios estaba contento de la bondadosa señora Rana.

MANUEL SORIA